

Augusto Iglesias

El Goethe de mi otoño

(Continuación)

FÓRMULAS MÁGICAS, TALISMANES Y EXORCISMOS RITUALES

Para los creyentes en el demonismo existe un sinnúmero de fórmulas mágicas y de compromisos suscritos por Satán, que son capaces, en un momento dado, de interferir su acción o de anularla por completo. En los libros de magia negra era el pan de cada día, durante los días de la Reforma, la incorporación de fórmulas, atribuidas a los magos de Oriente o a Salomón y Alberto el Grande, por las cuales se constreñía al Diablo a realizar éstos o aquéllos trabajos en beneficio de alguien, o a no realizar éstos o aquéllos propósitos en contra de una determinada persona.

Los teólogos medievales negaron siempre el poder del Demonio para limitar por cuenta propia sus intenciones pecaminosas; aunque fuera por una fórmula de las llamadas «con efecto obligatorio». Suponer que Satanás es capaz de cumplir con su palabra es atribuirle, por ese solo hecho, una cualidad buena; y

en el Maligno, por esencia y potencia, todas sus cualidades no pueden ser sino *negativas*. El Angel Rebelde, por definición, es la maldad misma, el espíritu que insufla el Mal y lo expande. De ahí que teólogos de tanta fama en su época, como fuera Guillermo de Auvergne (siglo XIII) explican que no debe suponerse en la obediencia que los demonios prestan a las fórmulas de su propia inventiva el sometimiento de un demonio inferior al de uno superior, en su lucha contra el hombre, sino más bien una apariencia o nueva fórmula de engaño para realizar los fines de sus intenciones perversas. Así la fórmula mágica no suspende el daño para evitarlo sino para producir en seguida o más tarde uno mayor. Halagan las flaquezas del cuerpo para apoderarse eternamente de la salud del alma (1).

Otra cosa que las fórmulas mágicas son los *talismanes* (2). El Diccionario de la Academia define esta palabra en una sola acepción; dice: «Carácter, figura o imagen grabada o formada de un metal u otra substancia, con correspondencia a los signos celestes, a la cual se atribuyen virtudes portentosas».

Los Diccionarios de Demonología son más explícitos. Jacobo Collin de Plancy, al referirse a este vocablo entra en muy curiosos detalles que transcribiré para el conocimiento de esta superstición. «Un talismán ordinario —escribe— es el sello, la figura o el carácter de un signo celeste, hecho, impreso, grabado o cincelado sobre una piedra simpática o sobre un metal, correspondiente al astro, por un obrero que tenga el espíritu fijo en la obra, sin verse distraído por

(1) *De Universo*, t. I, c. 15; p. 1,045.

(2) Del árabe *talesma*, y éste del griego *télesma*, rito religioso.

pensamientos extraños, en el día y en la hora del planeta, en un lugar afortunado, en un tiempo hermoso y sereno, y cuando el cielo está en buena disposición a fin de atraer las influencias». Informa, también, que el más famoso de todos los talismanes es el de un anillo atribuído por la leyenda al rey Salomón, y en el cual está grabado el nombre de Dios. Al que poseyó o posea esta joya nada le fué o le será imposible, pues con él se consigue el dominio de todos los *genios*. Apolonio de Triana hizo en Constantinopla la figura de una cigüeña, que por su propiedad mágica hacía alejar a las aves de su especie. En Egipto se creía hacer cesar el granizo acostándose cuatro mujeres de espaldas con los pies levantados al aire y pronunciando ciertas palabras misteriosas, cuya ridícula y vergonzosa ceremonia se había tomado de una figura talismánica que representaba una Venus recostada reparando el granizo.

Advierte también este demonólogo que los talismanes se hacen de diversos modos y que los más comunes y fáciles de fabricar son los cabalísticos, pues, en su industria, «no es necesario recurrir al diablo».

Los talismanes del sol, llevados con confianza y respeto conceden honores, riquezas, aprecio general y, además, el favor de los príncipes. Los de la luna, preservan de enfermedades populares (si así fuera—añade de Plancy—también debería curar de supersticiones); también preservan a los viajeros de peligros. Los de Marte, tienen la propiedad de hacer invulnerables a los que los llevan con respeto, dando, también, fuerza y vigor extraordinario. Los de Júpiter, desvanecen los pesares y los terrores pánicos y hacen feliz, en el comercio, todas las empresas. Los de Venus extinguen los odios, inspiran el amor y dan afi-

ción a la música. Los de Saturno hacen parir sin dolor, multiplican las cosas en todo aquello en que se les coloque y si un caballero lleva uno de estos talismanes en su bota izquierda, no le herirá nunca el caballo. Los de Mercurio hacen prudentes y discretos a los que los llevan con veneración; dan ciencia y memoria y pueden curar toda clase de fiebres, y si se ponen bajo la cabecera de la cama procuran sueños que nos revelan la verdad de algún acontecimiento oculto que precisaba que conociéramos (1).

Aunque el demonólogo aquí citado asegura que en los talismanes cabalísticos no es necesaria la intervención de Satán, los teólogos siempre consideraron estas creencias como demoníacas. La manera cristiana de espantar al diablo y aniquilar el poder por él conseguido sobre un lugar, cosa, persona individual o grupo de personas, es el *exorcismo*.

El *exorcismo* es una oración a Dios seguida de un mandato que se hace al demonio para que abandone el cuerpo de un poseso o de una cosa o lugar del cual él haya tomado posesión.

A este mandato los teólogos lo llaman *conjuro* o *conjuración*, y él se refiere sólo a la orden de abandonar lo que posee, que se da al demonio o demonios, y no al total de la ceremonia, que consiste, como ya lo dije, en la «oración» y «mandato», la cual, repito, en su totalidad denomínase *exorcismo*.

Acabo de indicar que esta es la manera cristiana de reivindicar para el camino de la salvación eterna las almas poseídas por Satanás, pero con ello no he querido decir que en otras religiones particulares no existan o no hayan existido, también, los métodos exorcis-

(1) Collin de Plancy: *Ob. cit.*; en la palabra «talismán».

tas. En el Antiguo Testamento encontramos algunos hechos que denuncian la firme creencia en la eficacia de una similar liturgia.

En el libro de Tobías se cuenta que en cierta oportunidad este santo varón se había detenido con su perro junto al río Tigris para lavarse los pies, cuando saltó de las aguas un pez diforme, con intención de tragárselo. Tobías dió un gran grito, diciendo: ¡Señor que me embiste! A lo que el ángel de su guarda respondió a su oído: «Agárrale de las agallas y tírale hacia ti». Así lo hizo Tobías y, arrastrándolo a lo seco, lo dejó palpitante en el suelo. Díjolo entonces el ángel: «Desentraña ese pez y guarda su corazón y la hiel y el hígado, pues son estas cosas necesarias para útiles medicinas».

Intrigado Tobías con estas palabras del ángel, le preguntó: «Dime, te lo ruego, hermano Azarías ¿para qué remedios serán buenas estas partes del pez que me has mandado guardar? A lo que el ángel le respondió: «Si pusieres sobre las brasas un pedacito del corazón del pez, su humo ahuyentará todo género de demonios, ya sea del hombre ya de la mujer, y esto con tanta eficacia que no se acercarán más a ellos» (1).

La misma creencia de que mediante ciertas fórmulas rituales se podía espantar al demonio, ocurre en todas las religiones orientales y entre los griegos, especialmente en las sectas pitagóricas. Ahora bien, como las enfermedades eran atribuídas, también, a la maldad de los entes infernales, el exorcismo constituyó desde antiguo, no sólo una práctica mágica o religiosa para librar a los hombres de la perdición de su alma, sino, además, un método terapéutico para sa-

(1) Tob. VI, 1-8.

nar el cuerpo dentro de los postulados de la medicina de aquellos tiempos.

Según Flavio Josefo (1), Dios le había concedido al rey Salomón el conocimiento de los secretos del mundo físico, lo que permitía al monarca servir, en la medida de sus posibilidades de gobernante, no solamente en el orden político, sino, también, en la salud de sus gobernados, librándolos tanto de los dolores del cuerpo como de la permanente lucha del hombre con el demonio. Para este efecto el rey sabio habría compuesto un sinnúmero de recetas contra diversas enfermedades y, además, otras tantas fórmulas de exorcismo para impedir la acción dañina de los espíritus infernales. El mismo famoso historiador de las *Antigüedades Judías*, asegura haber conocido a un cierto Eleazar, palestino de nacimiento, que curó a infinidad de posesos en presencia del emperador Vespasiano y de oficiales y soldados de su ejército.

El exorcista —sigue informando Josefo— ponía en la nariz del endemoniado una sortija en cuyo engaste había un trocito de raíz designado por el gran rey (Salomón) y cuyo olor obligaba al demonio a escaparse por las narices del poseso. Hecho esto el exorcista conjuraba al espíritu maligno a no volver más, recitando para este efecto las fórmulas escritas por Salomón.

Lo antedicho podía, sin embargo, prestarse a dudas y a objeto de evitarlas y dar a todos los espectadores la mayor seguridad de que el demonio había huído, el exorcista ponía a cierta distancia un vaso lleno de agua y exigíale al demonio que lo volcara a la vista de todos antes de retirarse definitivamente.

(1) Cfr. *Antigüedades Judías*, libro 8, c. 2.

No hay que olvidar que, de acuerdo con el folklore pagano transfundido después, en la Era de Cristo, a las supersticiones del Medio Evo, ciertos dioses (que después pasarían a figurar como demonios en las creencias del vulgo europeo), además de espanto de las almas éranlo, también, del cuerpo, pues actuaban como agentes de las más varias enfermedades. Hécate, por ejemplo, la diosa triforme, el ente de tres cabezas y tres cuerpos, sierva destacada en el reino de Perséfone, es el espanto de los ilusos y fatuos. Las noches fantasmales que viven estos enfermos son provocadas por los espectros y figuras de pesadilla que ella lanza, en multitudes, desde los antros del mundo inferior en que habita, a este mundo de los humanos. Tales espectros son los que angustian o impiden el sueño de los delirantes. Pero Hécate tiene un punto débil: su apetito voraz; y a fin de tranquilizar su furia infernal, sabiéndola glotona los antiguos le preparaban succulentas cenas que tomaron el nombre de *hecatésias*, por referencia al de esta divinidad. Esas meriendas propiciatorias poníanse, por la gente acomodada, en los cruces de los caminos y sobre las tumbas, para que entretenida Hécate en devorar los ricos manjares se olvidara de aumentar el número de sus víctimas.

En Suiza, el mito de Hécate tiene también agua de su cauce; pero aquí la leyenda la hace aparecer como un formidable gigante que en vez de varios cuerpos tiene uno solo pero dividido en dos: la mitad superior sana y la otra putrefacta. La mitad en descomposición produce, a su contacto, horribles enfermedades de la piel, y en tiempos de la lepra medioeval, se dice que este monstruo fué su principal agente. Para tranquilizarlo, los suizos, a semejanza de los griegos, le de-

jaban grandes cantidades de alimentos en las encrucijadas de los caminos, pues su voracidad es tan grande como la de Hécate.

En el siglo XVI hubo en Roma una terrible epidemia de peste negra que sembró la angustia y el pánico en la Ciudad Eterna. Esas plagas eran el mayor azote, entre muchos otros que sufrieron los siglos Medios y el Renacimiento y, por cierto, fueron atribuidas al demonio. Pero esta vez hubo una excepción: se creyó que esa epidemia era fruto de la cólera de los dioses del paganismo, en aquel entonces destronados; y para aplacar a esas divinidades en el destierro, el pueblo contrito, como en los tiempos del Olimpo poderoso, cuando Júpiter, Venus, Marte, Diana Cazadora, Eros, Dionisios y toda la pléyade de los inmortales tenía un culto público en templos y en altares, se llevó al Coliseo, entre pompas, música y guirnaldas, un buey, para sacrificarlo a Esculapio, y a todas las divinidades ofendidas por el olvido de la antigua fe. Pero los dioses permanecieron sordos a esas súplicas tardías y la epidemia continuó peor que antes, lo que hizo cambiar el sentido del espectáculo: ahora aquella muchedumbre, momentáneamente paganizada, lanzóse a dar gritos y exclamaciones de perdón; perdón a Dios, a los santos, a Jesús crucificado, a María, Madre del Cordero, por aquel minuto de ofuscación que habían tenido al solicitar piedad a los dioses de los gentiles que, en último término, no eran otra cosa que demonios disfrazados.

Cuanto suceso maravilloso, cuanto fenómeno indescifrado, cuanto invento revolucionario de las costumbres tradicionales ocurrió en el mundo antes del siglo XVIII, fué atribuído por las mayorías fanáticas a la intervención de los demonios. No debe entonces

parecernos extraño que las enfermedades, que tanto influjo tienen en la psicología de los pacientes, les fueran ahijadas de manera especial.

A este respecto debo advertir que en los siglos medios la opinión de muchos doctores de la Iglesia, sustentada por las enseñanzas de la *Suma Teológica*, no veían en este juicio del vulgo nada doctrinariamente objetable, pues según Santo Tomás el demonio no puede actuar en daño de los mortales sino en virtud de una causa natural; de modo que muchas enfermedades podían no ser traídas por el demonio, pero nada impedía creer que en infinitud de casos estas tuvieran como origen directo la intervención de Satanás.

De ahí, también, que muchos exorcismos extraordinarios fueran —repito— destinados a la expulsión del diablo por causa de enfermedad.

Es muy posible que el carnaval europeo, que tantos puntos de contacto tiene con las fiestas dionisiacas, haya incidido, aumentando su caudal, en el torrente de las supersticiones demoníacas del centro de Europa, donde adquiriera el curioso carácter médico que aquí señalo; pues en muchos pueblos aldeanos de Occidente formábanse orgías novedosas, por más de una semana, en cuyo lapso la gente salía por calles y caminos, danzando entre cantos o gritos de frenesí a objeto de espantar al diablo. Y como Satanás puede adoptar mil formas y disfrazarse de mil maneras, en aquella oportunidad permitíase a las locas comparsas, burlarse, dar golpes, mantear y faltarle el respeto de cualquier manera aun a las personas de mayor rango y categoría de tales aledaños.

La Iglesia Católica divide los exorcismos en dos grupos: *ordinarios* y *extraordinarios*.

Los ordinarios implican más bien una fórmula tra-

dicional simbólica, que se mantiene en las prácticas de la Iglesia Romana por el espíritu fundamentalmente conservador de esa colectividad religiosa. A esta categoría pertenece el exorcismo que hace el sacerdote en la pila bautismal, antes de echar en la cabeza del infante el agua bendita purificadora, bajo cuya administración queda incorporado en el cuerpo y alma de la Iglesia.

Repito que esta es una ceremonia simbólica; no así las que se refieren a los exorcismos *extraordinarios*, pues ellos importan para las creencias de la Iglesia Católica Apostólica Romana una real y verdadera confrontación de poderes, en la cual el exorcista —como en el caso de los posesos, de las tormentas en el Océano, de las plagas, en fin de todos aquellos hechos o fenómenos en los que la fe del pueblo y la aceptación de la Iglesia ve la mano de Satanás— se apersona a los espíritus infernales y les ordena que se retiren dejando de hacer el perjuicio en que se encuentra empeñado; y éstos, por el poder del nombre de Cristo, no tienen más que retirarse a los abismos de donde proceden, humillados y trémulos ante la eficacia de las palabras del sacro mandato.

El oficio de exorcista tenía en la Iglesia latina la segunda de las órdenes menores; y dice Bergier, que la ceremonia de su ordenación se anota en el cuarto concilio de Cartago y en los antiguos rituales. El libro de los exorcismos era puesto en manos de un clérigo tonsurado por un obispo, quien le decía: «Recibe y aprende de memoria este libro y ten la potestad de imponer las manos sobre los energúmenos ya bautizados o ya catecúmenos.»

En la Iglesia Católica sólo los presbíteros ejercen las

funciones de exorcistas, y eso con particular comisión del obispo (1).

No quiero terminar estas breves señalizaciones sobre la posesión diabólica sin indicar que todos los fenómenos psíquicos que esta creencia implica en sus manifestaciones individuales caben, sin ningún margen para sustentar las supersticiones de antaño, dentro de los cuadros de las enfermedades mentales en que hoy se estudian, por las diversas escuelas médicas del actual pensamiento psiquiátrico, como una clase específica de perturbaciones muy comunes del psiquismo humano.

EL PACTO INFERNAL

Para las creencias de la Edad Media, tan sacudida por cismas, herejías e influencias del paganismo greco-romano, el «pacto infernal» era un contrato entre un ser humano y el demonio. Por él obligábase Satanás a cumplir una o varias ambiciones de su pactante en el lapso de su vida terrena a cambio de que, en la hora de la muerte, le entregara el alma.

Aunque la Iglesia Medioeval desechó muchas de estas supersticiones como absurdas y anticristianas, —lo anoté de antemano al principio de esta lectura— no pudo, sin embargo, resistir a ese influjo subterráneo, ya que alguna de tales creencias folklóricas pertenecían a la esencia de su credo religioso. Condenarlas

(1) Bergier: Ob. cit.: v. la palabra «Exorcista».

habría sido, por lo tanto, dejar en peligro de una crítica cada vez más pujante, las bases mismas de un tema principalísimo de las enseñanzas evangélicas.

Para los teólogos, el citado *pacto* puede ser de dos clases: *expreso* y *tácito*.

Se produce el *pacto expreso* cuando alguien invoca o pide auxilio al demonio, y el ángel infernal acude en presencia y acción a esas voces; o cuando la invocación se hace por una interpósita persona a la cual se supone en relación y comercio con las potencias infernales. Por último, hay pacto expreso cuando se realiza algo para obtener como efecto la ayuda de Satanás. Estos tres modos de pactar se consideran terminantes y como ellos implican un desprecio audaz, frenético, de la omnipotencia divina, tienen para la consideración teológica una absoluta gravedad.

El *pacto tácito* es más leve en sus consecuencias morales, pues no lleva involucrado ninguna directa relación con el Ángel Rebelde, sino, solamente, una actitud marginal a la que corresponde a los verdaderos cristianos; v. gr., cuando una persona para conseguir algo, a sabiendas que no podría pedírselo a Dios, realiza un acto o desea mentalmente ese despropósito. A esta calaña pertenecen los que creen actuar por medio de amuletos o pronuncian palabras a las que atribuyen valor y poderes mágicos.

En el pacto expreso, cuando el demonio acude en persona a una invocación o se presenta espontáneamente a ofrecer su ayuda a alguien, las modalidades del pacto se reducen, en la mayoría de los casos recogidos por la Demonología, a la aceptación verbal de una fórmula que propone el demonio mismo o a un escrito que la víctima, por lo general, firma con su propia sangre. Pero esta presencia «real» o imaginada

de Satanás, ocurre muy pocas veces... Lo común y abundante en ejemplos es que el pacto se realice por medio de la intervención del brujo o mago, el cual recibe la promesa en nombre del demonio y asegura al pactante la adhesión de aquél.

Mediante este contrato infernal la ambición de los hombres puede ser satisfecha en las formas más inverosímiles. Cuenta una leyenda popular que una hermosa granja de Hamelghem en Flandes no fué edificada por manos de hombre. Según la tradición, hace varios siglos vivía en esa heredad un activo y hacendoso varón, denominado Juan Mautens, marido de una bella mujer que, además de amarlo entrañablemente, habíale dado un hijo y estaba—en el momento de iniciarse la leyenda— próxima a darle otro más.

Aquel año las cosechas fueron buenas y abundantes. El hogar progresaba a ojos vistas y envidiábase la fortuna de tan dichosa familia. Pero una noche de verano se desencadenó una terrible tempestad, y en medio de la tormenta un rayo cayó sobre la casa de Mautens dejándola casi destruída por completo.

Todas las mieses hallábanse aún en los campos y Juan no tenía donde meterlas, ni capital bastante para improvisar un abrigo en que guardar las gavillas que el día anterior parecían ofrecerle un tesoro. A todo esto se acercaba la estación de las lluvias las que, a no dudarlo, pondrían en peligro de perder la abundante cosecha.

Afligido por tan dramáticos pensamientos, Mautens se paseaba una noche por un bosque contiguo a su arruinada vivienda, cuando se le acercó un sujeto de gallarda estatura, vestido de terciopelo negro, que le preguntó muy cortésmente por el camino del próximo cortijo. Juan, que no tenía prisa por acostarse, se

ofreció a acompañarlo. A los pocos pasos el desconocido se volvió hacia él preguntándole la causa de su tristeza; entonces Juan le explicó el motivo de su desventura.

El forastero lo oyó con comedimiento y repuso;

—¿Y por eso os desesperáis? Yo soy muy rico y puedo sacaros fácilmente de este trance. No me sería difícil reedificar vuestra granja y hasta hacerla tan hermosa que sea la admiración de la comarca en muchas leguas a la redonda.

—Lo peor es que me corre prisa tenerla—arguyó el aldeano.

—No os apuréis por tan poco—replicóle el forastero.—Tengo una legión de obreros tan listos y bien enseñados que pueden concluir su tarea en una noche antes de que el gallo cante anunciando la luz del alba.

—¿Y qué precio vais a poner a tan gran servicio?—preguntó sorprendido el aldeano; a lo que el forastero contestó:

—Poca cosa... Me daréis el hijo que os va a nacer.

—¿Mi hijo! ¿Y para qué?

—Es un antojo. ¿Teméis por él cuidando de su fortuna un señor tan poderoso?

Calló un instante el aldeano para responder en seguida:

—No, mi hijo no os lo puedo dar.

El forastero le clavó a su interlocutor como dos focos oscuros el brillo de sus pupilas metálicas, y lentamente dejó caer sus palabras:

—Pensadlo bien. Mañana a esta hora vendré a saber vuestra respuesta definitiva.

Juan volvió a su casa lleno de extraños presentimientos y muy pensativo, aunque resuelto a no acceder a las exigencias de aquel hombre. Pero al otro día un copioso aguacero destruyó muchas de las gavi-

llas amontonadas en los campos, y el aldeano pensó entonces que podían ser infundados su escrúpulos, pues bien podía el opulento desconocido ser un gran protector para su segundo hijo.

A la hora de la cita acudió, pues, presuroso; y temiendo que faltase el forastero a su palabra, le preguntó luego de saludarlo, si mantenía su promesa de la noche anterior.

—Si antes de cantar el gallo—respondió éste—no está terminada la granja, quedáis libre de todo compromiso. Pero mi ayuda no se limitará a lo ya dicho; para indemnizaros de los perjuicios que ayer os causó la lluvia, aquí os traigo una bolsa con mil florines de oro. ¿Consentís en firmar?

—Si—respondió el aldeano.

Y el forastero dijo entonces:

—Poned aquí vuestra firma.

Y al mismo tiempo sacó del bolsillo un pergamino, se lo puso ante los ojos y le ofreció una pluma de hierro.

—No tenemos tinta—dijo el aldeano.

El desconocido se encogió de hombros.

—No hace falta.

Y con gran habilidad le picó a Juan con la pluma en el anular de la mano izquierda y le presentó aquella empapada en sangre, con un gesto tan amable que el aldeano estampó su firma al pie del escrito. El forastero arrolló al pergamino, se lo metió en el bolsillo y desapareció como por ensalmo.

Cuando Juan volvió a su casa para cobijarse bajo la exigua porción de la antigua granja que habían respetado las llamas, vió hormiguar sobre las calcinadas ruinas una muchedumbre de enanos que aserraban y transportaban las vigas, picaban la piedra y alzaban

las paredes sin hacer el más leve ruido, a la luz fosfórica que despedían sus rostros. Sorprendido el aldeano los miró con atención y vió que tenían unos pequeño cuernos, las manos en forma de garras y que, en vez de encaramarse a los andamios, volaban de un lado a otro como una bandada de murciélagos.

Entonces tuvo miedo, pues se dió cuenta de que acababa de firmar un pacto diabólico. Se le erizaron los cabellos, se le heló la sangre en las venas y entró en su aposento pálido, demudado y castañeteándole los dientes. Su esposa se alarmó al verlo en tan triste estado y le preguntó qué le había sucedido. Cuando Juan le explicó toda su conversación con el forastero, ella no pensó más que en la apremiante necesidad de salvar a su hijo. Al salir al patio vió con asombro que ya el edificio estaba casi terminado, pues sólo faltaba cubrir medio metro de la techumbre en la parte más alta del tejado. Viendo que tres o cuatro de aquellos demonios trepaban a cubrir el agujero, golpeó con violencia la puerta del corral. Se oyó un largo aleteo y el gallo cantó con voz sonora como saludando la aparición del astro del día.

El efecto de este canto fué verdaderamente mágico, pues la turba infernal desapareció como si se la hubiese tragado la tierra. Gracias a la estratagema, el matrimonio quedó poseedor de una magnífica granja sin tener que pagarla al precio que el diablo exigiera (1).

En esta leyenda Satanás actúa espontáneamente en

(1) Cfr.: *Las supersticiones antiguas y modernas*, según los investigadores F. Lenormant, Alfred Maury, Angelo de Gubernatis, P. Christian, Brierre de Boismont, Louis Figuier y J. Coroleu (traducción castellana por Ed. México, S. A., 1946), p. 190-195.

calidad de tentador, sin invocación ni acto mental de ninguna especie de parte de su futura víctima. El pacto se realiza en virtud de una consideración errada del aldeano, de ahí que pudiera ser roto por la simple intervención benéfica de la mujer de éste.

No ocurre lo mismo cuando Satanás ha sido llamado en auxilio e invocado expresamente por la desesperanza o la ambición frenética de un ser humano.

En el primer caso, en el de la tentación, estuvo de acuerdo con el Evangelio de San Mateo el propio Jesús, cuando el Mesías fué llevado al desierto para ayunar cuarenta días y cuarenta noches. Al término de sus ofertas para envolverlo en sus redes, Jesús le dijo al Maligno tentador: «Vete Satanás que escríbo está: Al Señor tu Dios adorarás y a él sólo servirás» (1).

En el segundo, en el de la invocación, está el doctor Fausto, asunto al que me referiré en particular cuando, más adelante, en el análisis de su tragedia, trate de este aspecto del símbolo goethiano.

En el pacto directo, parte de los poderes satánicos pasan a ser manejados por el hombre, en virtud de la obligación que el demonio se impone en servirlo durante su vida terrena.

(Continuará)

(1) Mat. IV, 1-10.